

Cama para cuatro, por favor

Francisco González

(Las derechas e izquierdas, las del espectador. Un piso en el centro de una gran ciudad. Tiene un sofá en el centro de la escena, algo recorrido hacia la derecha, una mesa baja frente a él sobre la que hay un cuchillo y una mesita más pequeña a su izquierda. A la derecha, un mueble bar y, a su lado, un perchero de pie del que cuelga una bufanda o un pañuelo de mujer largo. Hay una ventana a la izquierda, en el borde del escenario. Una puerta a la derecha que da a la calle y otra a la izquierda que lleva al resto de la casa)

(Se levanta el telón. AGUSTÍN, un hombre que pasa ligeramente de la treintena se pasea por la escena, inquieto. Mira el perchero, se acerca con temor, descuelga la bufanda y se enrolla un extremo al cuello. El otro extremo lo pasa por una de las perchas. Se deja caer de rodillas y la bufanda se descuelga sin lograr su propósito: ahorcarse. Se levanta, cuelga con mimo la bufanda y descubre entonces la ventana. Se acerca a ella con el mismo temor que lo hizo al perchero, la abre, mira abajo con miedo, se tapa la nariz como si fuera a zambullirse, hace un amago, como si saltara... pero no salta. Se vuelve, ve el cuchillo, lo coge, lo mira y trata de matarse “descabellándose”, como los toros, clavándolo en su nuca. Tampoco se atreve. Se sienta en el sillón, acerca el cuchillo a la boca..)

RAMÓN *(Desde fuera)*: Agustín, abre. *(Golpea la puerta. Agustín, del susto, lanza el cuchillo detrás del sillón)* ¡Agustín! *(Suena el timbre)*

AGUSTÍN *(Buscando por el suelo)*: Un momento, un momento.

RAMÓN: Agustín, abre, no hagas una tontería. ¡Abre! *(De nuevo el timbre)*

AGUSTÍN *(De pie, ha encontrado el cuchillo y se lo coloca frente al pecho)*: No trates de detenerme.

RAMÓN: ¿Cómo voy a detenerte si está la puerta cerrada?

AGUSTÍN: Tenía que haber dejado la puerta. Así es ridículo. *(Va hacia la puerta, nervioso, jugando con el cuchillo. Abre y se retira rápidamente)*

RAMÓN *(Entrando nervioso)*: ¡Agustín! ¿Qué fue esa llamada? ¿Qué querías decir con acabar con todo?

AGUSTÍN: Desde luego, no quería decir pagar lo que me queda de la hipoteca *(le muestra el cuchillo)*. Aunque ya no me importará que el banco se quede con la casa cuando todo acabe.

RAMÓN: Dame ese cuchillo.

AGUSTÍN *(Le amenaza con el cuchillo. Está detrás del sofá)*: Quieto ahí. *(Se le cae)*. Mierda, encima del cuenco de la comida del perro. *(Lo limpia en la manga. Ramón trata de acercarse durante el despiste)* Alto, ni un paso más.

RAMÓN: ¿Qué vas a hacer con el cuchillo?

AGUSTÍN: Lo tengo decidido, Ramón. No hay nada que valga la pena y no me lo vais a impedir.

RAMÓN: Entonces, ¿para qué nos has llamado?

AGUSTÍN: Somos amigos desde hace muchos años. Íbamos juntos al cine: yo pagaba las palomitas, tú te las comías. ¿Dónde vomitaste después de tu primera borrachera?

RAMÓN: En tu coche.

AGUSTÍN: En mi coche, así fue. Y he pensado que, después de tanto que hemos pasado, debías estar en el final.

RAMÓN: Fui yo quien te presenté a Mónica.

AGUSTÍN: Sí, y te perdono por ello. Sois mis únicos amigos, eres mi único amigo, a pesar de que me presentaras a Mónica, a pesar de que fueras el origen de todas mis desgracias. Ahora todo se acabó, me cortaré las venas.

RAMÓN: ¡No! Insensato, con ese cuchillo no. ¿No ves que se ha caído en el plato de la

comida del perro? Vas a pillar una infección.

RAQUEL (*Es la mujer de RAMÓN. Entrando*): ¿A quién se le ocurrió la idea de tener un piso en el centro? Estarás a un paso de todo, pero, ¡sin sitio donde aparcar! He dado tantas vueltas que pensé que el coche no sabría ya ir recto. Lo he dejado en doble fila. Tenemos que irnos ahora mismo.

RAMÓN: Ayúdame, Raquel. Agustín quiere suicidarse.

ROSARIO (*Es la madre de RAQUEL. Entrando*): Qué montón de escaleras.

RAQUEL: Es sólo un primer piso, mamá.

ROSARIO: Sí, pero como me haces subir andando.

RAQUEL: Sabes que es bueno para la circulación.

RAMÓN: ¿Por qué no la has dejado en el coche?

RAQUEL: La última vez se lo llevó la grúa, con ella dentro.

ROSARIO: Y luego no quería pagar la multa.

RAMÓN: La multa no me importaba pagarla, pero el plus por exceso de peso...

ROSARIO: Ay, yo estoy cansada creo que voy a sentarme. (*Camina hacia el sillón*)

RAQUEL: Sí, siéntate por ahí. Pero dame ese chicle, que la última vez me llamaron de la casa a la que fuimos de visita porque no podían separar el cojín del sillón. (*Se dirige a su madre, le coge el chicle de la boca y deja su abrigo sobre el sillón*)

AGUSTÍN: Joder, cuélgalo en la percha, no es tanto trabajo. No sabes lo que me cuesta tener la casa arreglada. Que luego viene Mónica y me dice que no hago nada en la casa. Ah, claro, que hoy no va a volver.

RAQUEL (*Por el chicle*): ¿Dónde lo dejo?

AGUSTÍN: Pégallo en el perchero ése. Es de Mónica.

RAMÓN: Entonces, ¿es por algo de Mónica? ¿Algo que os ha pasado?

RAQUEL (*Va hacia donde le indicó Agustín*): No se te escapa una, chico.

RAMÓN: Pero ésa no es la solución. Suicidarse no arregla nada. Dame ese cuchillo.

AGUSTÍN: No.

RAQUEL: Déjalo, para una vez que toma una decisión en su vida...

ROSARIO: Eso, si va a usarlo para cortar algo... yo tengo hambre.

AGUSTÍN: Las venas, señora, me voy a cortar las venas.

ROSARIO: Entonces no, que la comida moderna no me va a mí. Si tiene algo de paté...

RAQUEL: ¿No tienes ginebra?

RAMÓN: Pero, ¿qué hacéis las dos? Sois tal para cual: Agustín está en un momento crítico, a punto de acabar con su vida y estáis las dos pensando en comer y beber.

ROSARIO: Está visto que me quedo sin merienda.

AGUSTÍN: No tiene sentido seguir viviendo. Estoy decidido a hacerlo.

RAQUEL (*Se vierte bebida en un vaso y bebe*): No, no lo estás.

RAMÓN: ¡¡Raquel!!

RAQUEL: Si de verdad quisieras hacerlo no nos habrías llamado. No era una llamada de anuncio, sino de socorro, de ayuda. Los suicidas de verdad no anuncian que lo van a hacer: se matan y ya está. Pero tú no tienes valor para hacerlo. (*Bebe*)

RAMÓN: Joder, Raquel, yo no sé si estás ayudando...

AGUSTÍN: ¿No te irrita un poquito, aunque sea un poquito al menos haberte casado con una psicóloga?

RAQUEL: Pero, ¿tengo razón o no?

AGUSTÍN (*Volviendo a levantar el cuchillo, queriendo mostrar seguridad*): No, no la tienes, era una llamada de ayuda, es cierto, pero porque quiero cortarme las venas y acabar de una vez, pero ni siquiera sé cómo se hace. No sé si hay que cortárselas todas ni por cuáles se empieza.

RAQUEL: Supongo que por las pequeñas, para ir practicando.

RAMÓN: Deja de decir tonterías, Raquel. No eres de gran ayuda.

ROSARIO: Tenía que haber cogido un bocadillo de casa.

AGUSTÍN (*Coge la mesita pequeña, la coloca en el centro del escenario, pone un pie sobre la mesita y se sube la pernera del pantalón*): Tengo varices, tanto tiempo de pie me mata. ¿Y si empiezo por ahí?

RAQUEL: Es un buen comienzo: éstas están más a la vista. No hay que hurgar en la carne con el cuchillo.

ROSARIO: Carne no, tiene mucho colesterol.

AGUSTÍN: Para, no seas tan explícita, harás que me maree.

RAMÓN: Podrías ayudar un poco.

RAQUEL: Y eso hago, ayudar a Agustín.

AGUSTÍN: Si me hubiera operado hace años, como Mónica me dijo, hoy no podría hacer esto.

RAMÓN: Nada es tan i como para quitarse la vida.

AGUSTÍN: ¿Qué sabrás tú? Tienes una vida ejemplar: tu mujer, tus mellizas, tan guapas ellas, tu trabajo, tu chalet en una urbanización privada. La vida te ha tratado bien. (*RAMÓN retira la mesita*) No puedes saber lo que es sufrir.

ROSARIO: Yo estoy empezando a saberlo. Hija, ¿no podrías ponerme un vaso de leche como el que llevas tú? Y algo para mojar, como un platito de jamón o algo así.

RAQUEL: Ah, sí, siempre tuviste celos de Ramón.

(*Ramón aprovecha que Agustín habla con Raquel para retirar la mesita y colocarla de nuevo en su lugar*)

AGUSTÍN: ¿Celos? No, nunca, es mi mejor amigo. Quizá algo de envidia sí. Quizá querer todo lo que él tiene, tal vez. Quizá haber deseado cientos de veces haber vivido su vida en lugar de la mía, puede ser. Pero, ¿celos?, ja, ja, celos no.

RAMÓN: ¿Querías lo que yo tenía?

AGUSTÍN: ¿Pero a ti no te extrañó que fuera yo quien hablara con el arquitecto que diseñó tu chalet, que escogiera los colores con el pintor o que fuera yo quien eligiera tus muebles?

RAMÓN: Eso explica porqué no me gusta el aparador. Bueno, pensé que lo hacías porque eres mi amigo.

RAQUEL: Incluso escoge la ropa que vistes.

RAQUEL: Todos los meses me envía el catálogo de El corte inglés con una equis en los trajes que más le gustan para ti. Luego te los compro yo, eso sí.

AGUSTÍN: Me los pruebo yo mismo y luego escojo.

RAMÓN: Pues a ver si adelgazas, que del último hemos tenido que meterle de la cinturilla.

ROSARIO: Eso vamos a hacer todos, adelgazar. No he visto un anfitrión más despreocupado. Quizá aquel Agustín al que visitamos una vez.

AGUSTÍN: No vas a tener que preocuparte ya porque haya engordado. Vas a vivir tu vida, escogerás tu ropa, pero te mirarás al espejo cada día y me verás.

RAQUEL: ¿Te quitas la vida porque no puedes vivir la de otro? Ni siquiera mis pacientes me han contado un motivo tan enrevesado.

AGUSTÍN: No, porque ni siquiera me dejan vivir la mía, ni siquiera puedo decidir lo que hago con ella. Porque mi casa no es mi casa, la compró mi mujer, porque mi mujer no es ya mi mujer, sino la de otro. Lo único que tengo mío es mi propia vida y quiero decidir lo que hago con ella: quitármela. *(Vuelve a colocar la mesita en el centro del escenario, sube de nuevo el pie y mira su pierna)* ¿Será doloroso?

RAQUEL: Sólo mientras sigas estando consciente. ¿Quieres un poco de mi copa para que te sea más llevadero?

AGUSTÍN: No, que el alcohol me sienta fatal: mañana me levantaré con una resaca de miedo.

RAMÓN: No lo hagas: hay más mujeres en el mundo.

AGUSTÍN: No, yo sólo quiero a una y no puedo tenerla: está con otro.

ROSARIO *(Se levanta y se dirige al mueble bar):* Mira, ya está bien, si el dueño no nos saca nada, ya lo busco yo. Hija, de donde has sacado esa bebida, ¿no habrá un poquito de pan? Tengo tanta hambre que sin relleno me lo comía. *(Ramón quita la mesita de nuevo)*

RAQUEL *(Va a donde su madre y le obliga a sentarse):* No hay nada, mamá. Siéntate por ahí que nos vamos ahora mismo. *(Se sirve otro vaso. Por Agustín)* Siempre has sido un indeciso, Agustín, alguien sin personalidad.

(Ramón aprovecha que Agustín habla con Raquel para retirar la mesita y colocarla por segunda vez en su lugar)

AGUSTÍN: No, eso no es cierto.

RAQUEL: Sí lo es.

AGUSTÍN: Bueno, un poco sí.

RAQUEL: ¿Recuerdas lo que me contaste de tu primera comunión? No te decidías si tomar primero el vino o la sagrada forma y tuviste a los niños esperando quince minutos.

AGUSTÍN: No es tan fácil: si te tomas primero la ostia y se te pega al paladar, mejor es beber el vino después. Pero, ¿y si no te gusta el vino? Mejor la ostia al final, para quitarte el sabor. No es tan fácil, no.

RAMÓN: ¿Y no se te ocurrió preguntarle al cura?

AGUSTÍN: ¿A un tipo que se pone falda para presentarse en público? No, gracias.

RAMÓN: Pero ella sólo está confusa porque lo vuestro no marcha bien, pero te quiere. Seguro que volverá.

ROSARIO: Pues si alguien tiene que volver, que pase por una pizzería y traiga algo de comer.

AGUSTÍN: ¿Cómo estás tan seguro?

RAMÓN: No lo sé, pero algo tengo que decir para evitar que cometas una tontería.

RAQUEL: No te quiere.

AGUSTÍN: ¿Cómo?

RAMÓN: ¡Raquel!

RAQUEL: No te quiere. No sé si lo sabrás, pero los últimos meses ha estado viniendo a verme porque vuestro matrimonio no iba muy bien y me pidió consejo.

RAMÓN: ¿Y qué le dijiste? ¿Qué se fuera con otro? Joder, espero que los pirómanos no acudan a ti en plena crisis. Al menos, di que se desfoguen en la calle, no en nuestra propia

casa.

AGUSTÍN: Que los pirómanos se desfoguen, muy bueno.

RAQUEL: Sólo le dije que fuera feliz, que hiciera lo que creyera más oportuno.

AGUSTÍN: Irse con otro.

RAQUEL: Eso no se lo dije.

AGUSTÍN: No, no se lo dijiste, pero seguro que ella creyó que sí. Nunca escucha a nadie. Va a verte porque puede hablar con alguien sin que le interrumpan.

RAQUEL: Alguna vez me dijo que eras tú en realidad...

AGUSTÍN: porque decía que conmigo no podía hablar.

RAQUEL: Eso decía, que, a veces...

AGUSTÍN: Y es ella la que no para de hablar y hablar y hablar y hablar.

RAMÓN: Pues ahora ya no vas a oírla más.

AGUSTÍN: Sí, es cierto, gracias por recordármelo. Voy a acabar lo que he empezado.
(Vuelve a por la mesita, la coloca de nuevo en el centro el escenario y sube el pie como ya hiciera dos veces)

RAMÓN: No, yo lo decía como algo bueno, que nadie va a reprocharte ya nada.

AGUSTÍN *(Acerca el cuchillo a su pierna, presiona un poco)*: Mira, sangre, ya está saliendo. Roja y espesa, gotas de vida que se escapa sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo. *(Se toca la frente, algo mareado)* Estoy es muy lento, ¿no? Podríais hablar algo que esto va para largo.

ROSARIO: No sé qué hacéis, pero si va para largo, lo mejor será sacar algo de comer.

AGUSTÍN: Me estoy mareando, no me acordaba que la sangre me maree. Dejé de ser donante por eso mismo: las enfermeras estaban más atentas a mí que a la bolsa.

RAMÓN: Si cuando estudiaste el RH en clase te tuvieron que bajar a la enfermería.

AGUSTÍN: Ay, qué mal me encuentro. *(Se le cae el cuchillo)* Dejadme, dejadme que me dé el aire. *(Se acerca a la ventana)* No, a la ventana no, a ver si del mareo me caigo.

RAMÓN *(Corre hacia él)*: Al sillón.

AGUSTÍN: Ay, qué angustia tengo. *(Ramón lo tumba y le pone los pies en alto. Luego sale)*

ROSARIO: Eso va a ser hambre. Cuando yo era joven pasé mucha hambre. Eso les falta a los jóvenes hoy, pasar hambre. Que vengan de visita a esta casa y sabrán lo que es bueno. *(Se va al mueble bar y busca entre las bebidas)*

RAQUEL *(Se acerca a Agustín, moja el dedo en el vaso y humedece la herida con el alcohol de la bebida)*: Venga, que no ha sido nada.

AGUSTÍN: Claro, porque no eres tú la que se está desangrando. Oye, ¿qué haces?

RAQUEL: Te estoy curando.

AGUSTÍN: ¿Con qué? ¿Qué llevas ahí?

RAQUEL: Whisky.

AGUSTÍN: ¿Qué haces?

RAQUEL: Te estoy curando.

AGUSTÍN: ¿Con qué? ¿Qué llevas ahí?

RAQUEL: Whisky.

AGUSTÍN: No, alcohol no, que luego hago tonterías.

RAQUEL: ¿Y te parece poca tontería haber intentado suicidarte? Aunque yo ya sabía

que no serías capaz. No eres capaz de nada, nunca lo has sido.

RAMÓN (*Vuelve con un trapo húmedo*): Raquel, por favor.

AGUSTÍN: Qué gusto da suicidarse delante de una psicóloga. Mira que dan ganas de conseguirlo con tal de no oír tu explicación si no lo logras.

RAQUEL: Venga, que lo digo por animarte.

RAMÓN (*Le coloca el trapo en la frente*): Pues no creo que sea la mejor manera.

RAQUEL (*Mira por la ventana*): De todas formas, vives en un primer piso, la caída tampoco te habría hecho mucho.

AGUSTÍN: Hay rosales plantados en la acera, justo bajo la ventana: tienen espinas.

RAQUEL (*Dejando el vaso con prisa sobre la mesita*): Mierda, un policía poniendo multas. Voy a mover el coche. No me acordaba. (*Sale corriendo dejando el vaso sobre la mesa*)

AGUSTÍN: El vaso, el vaso, usa un posavasos, joder, que luego se quedan las marcas en la mesa. El otro día Mónica trajo a unos amigos y, cuando se fueron, la mesa parecía la bandera de las olimpiadas.

ROSARIO (*En su deambular ha llegado detrás del sofá. Toma el vaso de su hija*): Al menos beberé. Mira (*por el plato de la comida del perro*), aquí han dejado unas galletitas. (*Coge el plato y comienza a comer. Además, mojará las galletas en el vaso de la bebida*)

RAMÓN: Cuéntame qué ha pasado.

AGUSTÍN: Mónica se va, me deja por otro. Dice que no le escucho.

RAMÓN: Claro, tiene que ser por otro; si fuera por el mismo, no se iría, se quedaría contigo.

AGUSTÍN: ¿Cómo por el mismo? ¿Ya hubo uno y tú lo sabías? ¿Sabes quién es?

RAMÓN: No, claro que no, ¿cómo habría de saberlo? ¿Te ha dicho a ti quién es?

AGUSTÍN: Sí, creo que sí, pero no le estaba escuchando. Sólo decía tonterías. ¿Qué hace que una mujer busque fuera lo que podría tener en casa?

RAMÓN (*Camina por la habitación. Mientras habla, mira por la ventana*): Normalmente el aburrimiento. Siempre son las mismas personas: tú y ella, las mismas rutinas, los mismos reproches, los mismos problemas.

AGUSTÍN: Lo dices como si supieras de qué hablas.

RAMÓN: Bueno, sí, más o menos.

AGUSTÍN: ¿Os ha pasado lo mismo?

RAMÓN: No, lo mismo no, pero algo parecido. (*Mira a su suegra, que se ha sentado y come galletitas. Luego se acerca sigiloso a Agustín: va a contarle un secreto*) Raquel trabaja mucho, es una profesional muy competente. Los principios son duros y atendía a todos los pacientes que llegaban a su consulta, a ninguno le decía que no: creía que podía salvar el mundo. Tenía miedo que, de decirle que no a alguien, podría cometer una locura y ella sería la culpable. Trabajaba tanto que no teníamos tiempo para nosotros. Una de sus paciente, Victoria Hernán, tenía problemas con el sexo... le gustaba demasiado.

AGUSTÍN: Eso no es un problema, es una bendición... sobre todo para el hombre que esté con ella.

RAMÓN: Una mujer que te obliga a hacerlo en el cine tiene un problema.

AGUSTÍN: Hombre, Ramón, en el cine todos hemos sido un poquito atrevidos alguna vez.

RAMÓN: Sí, pero no cuando acaba de terminar La sirenita y se encienden las luces.

AGUSTÍN: No, eso no.

RAMÓN: Me enteré de que estaba tratando a esa mujer y me aproveché de ello.

AGUSTÍN: ¿Mucho tiempo?

RAMÓN: Con decirte que la piscina del chalet salió de sus visitas. Claro, a Raquel le extrañaba que no mejorara.

AGUSTÍN: Claro, los avances en su diván se perdían en tu cama.

RAMÓN: Pero aquello tuvo un efecto curativo: Raquel comprendió que no podía curarla y no se vino abajo, no pensó que no era buena, sino que no todo dependía de ella, que no iba a salvar al mundo. Y descubrirlo fue un alivio tremendo, claro. Para los dos.

AGUSTÍN: Y luego todo volvió a la normalidad.

RAMÓN: Sí.

AGUSTÍN: Pero vosotros no os separasteis.

RAMÓN: No, no siempre acaba en separación estos asuntos.

AGUSTÍN: ¿Y Raquel cómo se tomó lo de esa chica?

RAMÓN: Bien, bien, dejó de obsesionarse y...

ROSARIO *(Se les ha acercado mientras hablaban con una galleta para cada uno):* ¿Queréis?

RAMÓN *(Da un respingo):* ¡Dios! Qué susto me ha dado. ¿Si queremos de qué?

ROSARIO: Una galletita. Están tan buenas aunque un poco secas. Nunca había probado unas como éstas. Menos mal que había con qué humedecerlas. *(Cogen cada uno la suya)*

RAMÓN: ¿De dónde las ha sacado? Mire que le tengo dicho que, en una casa extraña, no la recorra sin que le den permiso.

AGUSTÍN: Da igual, déjala. La mujer tenía hambre.

ROSARIO: No me he ido por la casa. Estas galletas estaban detrás del sillón, alguien las había dejado en el suelo. Menos mal que no tienen perro, las podría haber chupado.

AGUSTÍN *(Escupiendo):* ¿Detrás del sillón? Joder, es la comida del perro.

RAMÓN: ¿Nos has dado comida de perro? Dios, Dios. *(Escupe también)*

AGUSTÍN: No, no es de perro, es de un niño que se llama Sultán.

(Suena el timbre. Agustín trata de levantarse pero aún está algo mareado)

RAMÓN: Ya voy yo. Y usted, Rosario, deje esas galletitas.

ROSARIO: Es que están buenas.

RAMÓN: Haga lo que quiera. *(Abre)*

RAQUEL *(Entrando):* Ya he aparcado bien. Pero el policía ya tenía la receta en la mano.

AGUSTÍN: ¿Te han multado? Vaya, lo siento, venís a salvarme y te ponen una multa. Si no me suicido, os la pago yo. Y si me suicido, cambiaré antes mi testamento para que os dejen a vosotros una parte para pagarla.

RAQUEL: Soy psicóloga, sé como tratar a la gente y vosotros los hombres, sois tan tratables... Al final me ha pedido perdón. Ah, por cierto, hablando de perdón, he visto que tu mujer venía hacia aquí. Quizá todavía os reconciliéis.

AGUSTÍN *(Se incorpora de un salto):* ¿Mi mujer? Oh, Dios mío. Y todo por en medio. *(Saca un trapo de debajo del asiento del sofá y se pone a limpiar)*

RAMÓN: Pero, Agustín.

RAQUEL: Yo creo que deberíamos irnos, ya hemos hecho suficiente.

AGUSTÍN *(Se acerca a Rosario):* Bueno, ¿se las acaba? Que me lleve el plato a fregar.

(Suenan las campanas) ¿Quién será?

RAQUEL: Tu mujer, supongo. Aunque, si toca al timbre en lugar de abrir la puerta con su llave, o sabe que hay visita, o es grave: ya no considera esta casa como suya.

RAMÓN: Raquel, deja de ser psicóloga por una vez. A veces no ayudas demasiado.

AGUSTÍN: ¿Abro?

RAQUEL: A mí no me preguntes: mis opiniones parece que no sirven.

(Agustín mira a Ramón)

RAMÓN: Yo creo que sí. No vas a evitar nada con no abrirle.

AGUSTÍN: Si no entra no puede irse.

RAQUEL: Ya se ha ido, lo que está haciendo es volver.

AGUSTÍN: ¿Tú crees?

RAQUEL: Evidentemente, si se fue y está aquí, es que ha vuelto. *(Aparte, triste)* Lo que no está nada claro es que sea para quedarse.

(Ramón abre y entra Mónica)

MÓNICA: Hola Raquel, hola Ramón. Qué violento es esto. No sabía si subir o no: he visto vuestro coche y suponía que Agustín os habría contado algo y habríais venido. Luego he visto que Raquel bajaba y pensaba que era porque os ibais.

RAQUEL: Sí, ya nos íbamos, ¿verdad Ramón?

ROSARIO: Yo ya no tengo hambre, por mí cuando queráis.

MÓNICA: Bueno, tampoco quiero echaros. En cualquier caso, yo he venido a por algo de ropa. La preparo y me marchó. *(Avanza hacia dentro)*

AGUSTÍN: Yo creo que deberíamos hablar.

MÓNICA: No hay nada de qué hablar. Al menos, no es el momento.

AGUSTÍN: ¿Qué no? Yo creo que sí. Sólo me dijiste: me voy, no te aguanto más.

MÓNICA: Creo que es sufici...

AGUSTÍN: Y éstos son mis amigos, al menos uno de ellos. Lo que tengas que decirme a mí lo pueden oír ellos. No tengo secretos.

MÓNICA: No es el momento de...

AGUSTÍN: Porque Ramón sabe que mis secretos son los suyos, que los suyos son los míos, que tus secretos, son míos y, por eso también suyos y...

MÓNICA: ¡Ya está bien! Nunca me escuchas: sólo hablas y hablas. No sé si será el momento, pero ya me da igual: me voy porque no me entiendes, me voy porque no das la talla.

AGUSTÍN: No pensé que esto fuera la pasarela Cibeles.

MÓNICA: ¡No das la talla en el sexo!

AGUSTÍN *(Va hacia ella. Señala a sus amigos):* Pero, ¿cómo se te ocurre decirme algo así ahora? ¿No ves que hay visita?

MÓNICA: Me voy, lo tengo decidido. Nada me retiene aquí. Cogeré mi pijama y volveré otro día a por el resto de mis cosas.

AGUSTÍN *(Cediendo):* Pero, cariño, ¿no podemos arreglar esto de alguna manera? No es el fin del mundo, nadie se ha muerto, todo tiene solución.

MÓNICA: Y yo la he encontrado: irme.

AGUSTÍN: Bueno, eso será solución para ti, pero, ¿y yo qué hago?

MÓNICA: Quedarte. Yo me marchó y tú te quedas. ¿Ves? Arreglado para los dos.

También hay otra: tú te marchas y yo me quedo. Pero lo que no quiero es estar más contigo. He tomado una decisión. No quiero hacerte daño, no hagas esto más difícil.

AGUSTÍN: Te perdono. Has tenido un lío, te has divertido (*cae de rodillas*) pero no quiero que te vayas.

MÓNICA: Ya me da igual lo que tú quieras. Y no ha sido un lío, nos vamos a vivir juntos.

AGUSTÍN: Podemos intentarlo de nuevo. Estas cosas suceden. Uno se encapricha de alguien... pero luego se puede seguir. Mira ellos, por ejemplo.

MÓNICA: ¿Ellos?

RAQUEL: ¿Nosotros?

RAMÓN: ¿Qué?

AGUSTÍN (*Sigue de rodillas*): Sí, Ramón estuvo un tiempo acostándose con una paciente (*Ramón le hace gestos para que deje de hablar*) de Raquel y siguen juntos. No pasa nada.

RAQUEL: ¿Qué dices, Agustín?

AGUSTÍN: Lo de tu paciente, aquella Victoria Hernández o algo así, con la que Ramón... (*cayendo en la cuenta. Se levanta*). Oh, no, oh, no. ¿No sabías nada?

RAQUEL (*A Ramón*): ¿Nada de qué? ¿Qué tengo que saber?

RAMÓN: Está pasando un trauma, no sabe lo que dice, se inventa cosas.

RAQUEL: Aquí la psicóloga soy yo. No hagas diagnósticos tan a la ligera. ¿Se inventa el nombre de una paciente que yo SÍ tuve?

RAMÓN: Bueno, le he hablado de ella, era un caso muy atractivo.

RAQUEL: ¿Atractivo? ¿Qué tiene de atractivo un caso en que una mujer necesita sexo a todas horas?

RAMÓN: Dicho así, no creo que sea necesario contestar.

RAQUEL: ¿Te acostabas con ella?

RAMÓN: No siempre tenía tanta prisa que acostados fueron las menos de las veces.

RAQUEL: No puedo creérmelo.

AGUSTÍN: Tú me dijiste...

RAMÓN: No se lo conté: te dije que todo había vuelto a la normalidad pero ella no lo sabía.

RAQUEL: ¿Y le cuentas algo así a él y no eres capaz de decírmelo a mí?

RAMÓN: Entiéndelo, que él lo supiera no era peligroso: él no iba a dejarme si le molestaba que lo hubiera hecho.

RAQUEL: ¿Molestarme? Me molesta que duermas sin calcetines y luego acerques tus pies a mí para calentarlos. Esto no me molesta, me enfurece.

MÓNICA: Nunca escuchas, sólo hablas y hablas. (*Sale*)

AGUSTÍN: ¿Ves? Yo me lo he tomado mejor que ella, cariño. Yo sólo he tratado de suicidarme. Y lo iba a hacer con el cuchillo que nos regaló tu madre. Mira, aquí tengo la prueba de que no miento. (*Sale de escena con la pernera del pantalón levantada*)

RAMÓN: Cariño, todo aquello fue bueno para todos.

RAQUEL: ¿Para todos?

RAMÓN: Claro, la chica se curó, al menos un poco.

RAQUEL: Es cierto, dijo que había encontrado a alguien que le había hecho ver que eso del sexo no era tan divertido como pensaba. Pero tardó algún tiempo.